

NUEVOS TESTIMONIOS DE OCUPACIÓN PREHISTÓRICA EN LA SIERRA DE HUELVA

Juan Aurelio Pérez Macías
Universidad de Huelva

Participar en estas XII Jornadas de Patrimonio de la Sierra de Huelva, aunque sea con una corta comunicación, significa para mí una forma de celebrar el que estas Jornadas se lleven a cabo por fin en Aracena.

Efectivamente, me cabe el orgullo de haber propuesto en el ya lejano 85 que se celebraran todos los años unas jornadas en las que se dieran cita los distintos investigadores que, de una u otra forma, nos interesábamos por la historia y el patrimonio de la Sierra. Permítaseme que ahora recuerde la ayuda que recibí de Antonio Rodríguez Guillén, Enrique Lobo Moriche, Crisanto Ruiz, la colaboración de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Almonaster la Real y el espaldarazo de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía en Huelva, cuyo titular entonces, José Mora Galiana, siempre estuvo abierto a cuantas iniciativas culturales partieran de la Sierra.

Esta primera reunión fue familiar, y en ella participamos amigos y conocidos, como los profesores Avila Fernández y Pérez-Embid. Desde entonces he mirado estas jornadas desde bastidores, unas veces con verdadero interés; otras, con abulia.

Las Jornadas de Jabugo significaron una necesaria recapitulación del sentido de estos encuentros, y se rodearon de un boato tan necesario como inútil. Una impecable organización y una buena puesta en escena acabaron con el tono familiar de las primeras jornadas, algo imprescindible a pesar de los malévolos comentarios de algunos.

A pesar de ello, desde entonces no se ha planteado que estas jornadas deberían avanzar en sus objetivos. Se seguía otorgando mayor importancia

a la relación de las jornadas con el pueblo organizador, aunque el nivel científico de las mismas careciera de unos planteamientos claros, alejándose incluso los trabajos a otros territorios o temáticas que no tenían que ver con el patrimonio ni con la Sierra.

Ha tardado mucho en llegar el tipo de organización que pretende la Asociación «José Nogales», de Aracena, con la creación de un comité científico que selecciona ponencias y comunicaciones, tarea indispensable habida cuenta de algunas de las estrafalarias comunicaciones de jornadas anteriores, pintorescas pero inoportunas, grotescas y de pésimo gusto. Sólo espero que futuros organizadores asuman el reto y encuentren unos canales de difusión más amplios, capaces de motivar a la participación a otros investigadores, y que sus publicaciones sean apreciadas y solicitadas fuera de nuestra comarca. Es la única manera en que este patrimonio, que no se reduce, como piensan algunos, a un idílico *beatus ille*, puede generar la riqueza que como medio rural se nos niega en esta economía de mercaderes y ganancias.

Mi felicitación, pues, a los organizadores de estas jornadas, que han sabido superar el estrabismo político y obstruccionismo de algunos colectivos de Aracena.

El tema sobre el que versará este trabajo se centra en varios yacimientos arqueológicos serranos, de escasa entidad en comparación con otros sincrónicos de la provincia de Huelva, pero de no menos importancia, pues ofrecen unas constantes que implementan lo que ya conocemos sobre las poblaciones de la Sierra de Huelva en el primer cuarto del I milenio a.C. (1.000-700 a.C.).

He creído que estas jornadas eran el marco idóneo para estudiar con mayor profundidad estos materiales, y aportar, desde la perspectiva arqueológica, mi modesta opinión sobre esa absurda polémica de Sierra de Aracena *versus* Picos de Aroche. Sé que desde la asepsia que supone afrontar este problema en miles de años *ante quem*, estas conclusiones pueden quedar solapadas, pero quiero que quede constancia que esa diferencia, que existe en lo físico, geológico, antropológico y cultural, se nos muestra de una forma nítida varios milenios antes de nuestra Era. A lo largo de la prehistoria y la antigüedad queda en evidencia la divergencia histórica de ambas comarcas. De paso, también me parece necesario recordar a ciertos

sectores del andalucismo ultramontano e histriónico que esta supuesta unidad de la Sierra de Huelva olvida la realidad de otra comarca, la Sierra de Hinojales, con peculiaridades que no encajan en la Sierra de Aracena ni en los Picos de Aroche, con menor peso histórico, pero de no menor idiosincrasia.

Oportunidad tienen todos aquellos interesados en conocer la historia de la Sierra en comprobar que la realidad actual, con Aracena como cabecera de comarca, pocas semejanzas ofrece con el pasado, sin que por ello, como pretenden otros, pueda olvidarse el efecto centrípeto que Aracena ejerce desde el siglo XIX.

La Sierra de Aroche, o los Picos de Aroche, como equivocadamente la denominamos, comenzó a diferenciarse ya desde el III milenio a.C. (¡Afortunadamente, todavía no los llamábamos con el horroroso epíteto de arochenos!) En esos momentos, poblaciones megalíticas de honda raigambre alentejana ocuparon los Llanos de Aroche. A estas poblaciones se les ha individualizado en el ámbito provincial como Grupo de Aroche, para diferenciarlas de otros grupos megalíticos del Andévalo Oriental (Pozuelo-Gabrieles), Andévalo Occidental (Zarcita) o Tierra Llana (Soto). El enfoque actual tergiversa la visión del pasado, pues no puede hablarse de Grupo de Aroche, sino de una cultura megalítica aruccitana relacionada con otros grupos del suroeste (Alentejo).

La mayor relación de Aroche con la comarca alentejana es una simple consecuencia de su posición física, en la que el Chanza, como tributario del Guadiana, determina un contacto más fluido con lo que hoy se conoce como comarca de la margen izquierda del Guadiana. Ni que decir tiene que la Sierra de Aracena estuvo más en contacto con las partes meridionales de la provincia, sobre todo el Andévalo, a través de los cursos del Tinto y el Odiel, que nacen en sus faldas meridionales.

Esta influencia quizás sea uno de los rasgos más definidos de la comarca de Aroche, y alcanza durante el Bronce Final una mayor singularidad, como tendremos oportunidad de comprobar en el yacimiento de Alto del Cinchato.

Hace ya algunos años, con motivo del XIX Congreso Nacional de Arqueología, dimos a conocer los materiales arqueológicos del Alto del

Cinchato, en término municipal de Aroche, aunque sin entrar en mayores disquisiciones sobre su relación con otros yacimientos de Bronce Final de la comarca de los Picos de Aroche y del Suroeste peninsular (Ruiz y Pérez, 1989).

Antes de entrar a describir el yacimiento, tengo un especial deseo en recordar a mi amigo y maestro Antonio Manuel Romero Soria, profundo amante de su pueblo, Cortegana, pero, fiel a su espíritu universitario, alejado de esta polémica. Fue Antonio Manuel el descubridor de este yacimiento arqueológico, como de otros de Cortegana (Caba, Santa Bárbara, Papatortas, Cerro del Cojo, etc.). No puedo olvidar, en una época en la que era un recién licenciado en Geografía e Historia, nuestros paseos por el campo y, aunque él no lo creyera, sus enseñanzas, no menos interesantes a pesar de proceder de un profesor universitario de Matemáticas. También me aficionó al tabaco y al café, pero nunca se lo recriminé.

Habíamos hablado en varias ocasiones de la importancia de la toponimia como fuente de información histórica, y él había analizado con detalle toda la referente al término municipal de Cortegana. Como los planos topográficos no se ciñen a los términos municipales, sino a escalas de 1:25.000 y 1:50.000, otros topónimos de la Sierra llamaron su atención, entre ellos este Alto del Cinchato, en término municipal de Aroche. Buscábamos una explicación al topónimo Alcalaboza, de origen islámico y con significación de fortaleza. El Alto del Cinchato parecía responder a un cerro rodeado de una cincha, es decir, de una posible muralla, el cerro amurallado que pudo dar nombre a la Rivera de la Alcalaboza (Rivera de la Fortaleza). Sea o no así, pues otros recintos amurallados existen en su curso (Las Peñas, La Torre, etc.), lo cierto es que fuimos a visitar este lugar después de que él hubiera indagado entre sus paisanos que este lugar estaba rodeado de un muro, ya muy destruido por los aterrazamientos de las plantaciones de eucaliptos.

Como en otras ocasiones, nuestras pesquisas no fueron en vano, y nada más encarar la pendiente del cerro fuimos recogiendo los fragmentos de cerámicas a mano que eran los restos visibles de un asentamiento prehistórico. Después de terminada la prospección, autorizada a mi nombre y subvencionada por la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía, ya sabíamos por la tipología de los materiales cerámicos que el Alto del Cinchato era un asentamiento correspondiente al Bronce Final,

con una cronología que probablemente podía situarse entre la segunda mitad del siglo VIII y el siglo VII a.C.

La importancia de este asentamiento radica fundamentalmente en que es hasta ahora el único testimonio claro de poblamiento en el Bronce Final Orientalizante. En el área tartésica las poblaciones del Bronce Final se mantienen, e incluso experimentan un mayor auge a partir del momento en el que los objetos fenicios delatan un comercio regular entre estos asentamientos y los emporios fenicios de la costa andaluza, cuyo elemento fundamental sería la producción argentífera tartésica.

En las zonas de la Sierra el fenómeno parece ser justamente el contrario. Aunque no hayamos detectado un gran nivel de poblamiento durante este periodo (Pérez Macías, 1985; Pérez y Buero, 1986; Hurtado, García y Mondéjar, 1983), el Bronce Final, netamente diferenciado del Bronce Final Tartésico, está bien representado. Pero durante el periodo Orientalizante los rastros de poblamiento son escasos, por no decir inexistentes (Campos y Gómez, 1995). Una cuestión sí es evidente, el comercio fenicio no hizo acto de presencia en estas tierras, probablemente por carecer estas poblaciones de una producción capaz de generar la riqueza necesaria para poder adquirir los bienes de comercio fenicio, y por otra, porque al no existir una producción de plata tampoco el comercio fenicio se interesó en fomentar el intercambio comercial.

Este hecho ha llevado a plantearnos que toda la zona de la Sierra de Huelva sufrió un fuerte receso demográfico a partir del siglo VII a.C., y puede pensarse incluso que sus poblaciones emigraron hacia las ciudades tartésicas, que viven en este momento su etapa de máximo desarrollo antes de que aparezcan los primeros síntomas de crisis a finales del siglo VI a.C.

En relación con estos datos hemos propuesto que este fenómeno generalizado de despoblamiento fue una de las causas principales que ocasionó que, a comienzos del siglo V a.C., poblaciones de la Meseta (*celtici*) ocuparan la zona, conformándose desde entonces una cultura cuyas características no tienen ninguna relación con las poblaciones autóctonas prehistóricas.

Este esquema, que seguimos defendiendo a grandes rasgos, debe ser matizado a partir del estudio del Alto del Cinchato. No podemos seguir

considerando que la ausencia de materiales fenicios signifique necesariamente la falta de poblamiento durante el periodo Orientalizante, pues algunas de estas poblaciones pudieron mantenerse, tal como indica la ergología cerámica del Alto del Cinchato, en la que se presentan cerámicas a mano cuyos paralelos se encuentran en el repertorio tartésico de época Orientalizante (Pellicer Catalán, 1989; Ruiz Mata, 1995).

Desde otra perspectiva, el Alto del Chinchato debe encuadrarse como un asentamiento de Bronce Final perteneciente al área del Bronce Final del Suroeste, cuyo elemento más característico de cultura material es la decoración de motivos bruñidos al exterior de los vasos (Schubart, 1972; Parreira, 1975 y 1983; Morais Arnaud, 1979; Parreira y Monge, 1980; Monge Soares, 1992; Tavares y Soares, 1978; Pérez Macías, 1985 y 1991). Aunque este tipo de decoración no ha aparecido en este yacimiento, otro elemento puede emparentarlo con esos yacimientos, como la abundancia de cuencos, pues en el área tartésica su proporción es mínima con respecto a las cazuelas carenadas (Ruiz Mata, 1995).

La reducida extensión de este asentamiento, menor a 0,5 hectáreas, y la escasa potencia del nivel de ocupación, nos informan también del carácter del poblamiento, disperso, carente de centros de gravedad y con ocupación de corto desarrollo temporal.

Otro de los asentamientos donde se documenta poblamiento durante este periodo Orientalizante es el de Sierra Menjuana, en término municipal de Cumbres Mayores. También aquí el predominio de la cerámica a mano es absoluto, pero significativamente recogimos dos fragmentos de «asas de orejetas» a torno de tipo fenicio, que muestran la continuidad del poblamiento en el momento Orientalizante. Es un asentamiento pequeño, con precedentes en la Edad del Cobre a tenor de un fragmento de plato de borde engrosado. Su posición en altura y su gran control visual, amén de su situación estratégica sobre el Puerto de los Arriscaderos, una de las vías de comunicación entre el Bajo Guadalquivir y la Baja Extremadura, explican la aparición de material fenicio como un intercambio ocasional más que un comercio normalizado. No puede comprenderse este asentamiento, en tan precarias condiciones de habitabilidad, en función de la explotación del entorno, sino consecuencia de la vía de comunicación.

Es, por tanto, probable que durante el Bronce Final Orientalizante

permanezcan residuos de pequeñas poblaciones en estrecho contacto con los nudos de comunicación.

Similar tónica de emplazamiento presenta también otro asentamiento localizado en la Sierra del Alamo, en término municipal de Cumbres de San Bartolomé. La altura, sus reducidas dimensiones y la corta ocupación lo asimilan a los asentamientos que llevamos comentados. Los materiales cerámicos recogidos en superficie son escasos, pero todos están fabricados a mano; algunos de ellos pertenecen a cazuelas de carena alta y borde saliente, y son suficientes para certificar su adscripción al Bronce Final (Gómez Toscano, 1996).

Dentro de este tipo de yacimientos se encuentra también el localizado en el Cerro del Serrallo, junto a la Rivera de Chanza, en término municipal de Rosal de la Frontera. Los materiales recogidos, un molino barquiforme y algunos fragmentos de cerámica a mano bruñida, entre ellos un borde saliente, sólo permiten catalogarlo como perteneciente al Bronce Final. Mantiene idéntico patrón de asentamiento que los yacimientos anteriores, situación en altura, reducida área de ocupación, todo lo cual puede explicarse como consecuencia de la habitación ocasional.

Más alejado en cronología de estos asentamientos es el poblado de Neolítico Final situado en la cumbre de la Peña de Arias Montano, en término municipal de Alájar. La abundancia de asentamientos troglodíticos en la Peña de Arias Montano (Pérez Macías, 1986; Díaz del Olmo y Alvarez, 1988; Borja y Gómez, 1990; Gómez, Alvarez y Borja, 1990), ocupados como lugar de hábitat y enterramiento desde el III milenio a.C., no impidió que el poblamiento se extendiera también al aire libre, síntoma de la densidad y capacidad demográfica de este núcleo en el III milenio a.C.

Al no haber practicado excavaciones y conocer estratigrafías en las cavidades del tuf de la Peña de Arias Montano, desconocemos con seguridad el inicio del poblamiento en las mismas, pero no quiero dejar de apuntar que la cronología aportada por los materiales de la cumbre de la Peña son más antiguos que los que conocemos de las cavidades. Los primeros remiten a un Neolítico Final, según se desprende de la ausencia de formas como los platos de borde engrosado, mientras en la segunda la ocupación parece iniciarse en un horizonte calcolítico por la abundancia de platos de borde engrasado o almendrado. Significan estas diferencias cronológicas

que el hábitat al aire libre sobre la cumbre conlleva que el tuf de la Peña de Arias Montano no estaba en este momento, finales del IV milenio a.C., debidamente desarrollado como para permitir la vivienda y enterramiento en cuevas.

Como conclusión, sólo me queda por señalar que es todavía mucho lo que resta para conocer con un buen grado de aproximación el poblamiento prehistórico y protohistórico de la Sierra de Huelva. Incluso en aquellas zonas mejor conocidas, como las riveras de Chanza, Múrtiga y de las Uervas, todavía pueden ofrecernos sorpresas. Así, existen noticias recientes a poblamiento neolítico (Nocete, Orihuela, Escalera, Linares, Otero y Romero, 1995), aunque sin referencias toponímicas o topográficas y sin contrastación arqueológica. Por ello, todo intento de síntesis es por el momento arriesgado y poco fiable.

BIBLIOGRAFÍA

- BORJA, F., y GÓMEZ, F. (1990): «Yacimientos en Travertinos. Los casos de Alájar y Zufre en la Sierra de Huelva (Prospección geoarqueológica, 1988)». *Anuario Arqueológico de Andalucía/1988-III*. Sevilla.
- CAMPOS, J. M., y GÓMEZ, F. (1995): «El territorio onubense durante el Bronce Final». *Tartessos, 25 años después*. Jerez de la Frontera.
- DÍAZ DEL OLMO, F., y ÁLVAREZ, G. (1988): «La Peña de Arias Montano. Tuf holoceno en Sierra Morena (Alájar, Huelva)». *II Jornadas de Patrimonio de la Sierra de Huelva*. Sevilla.
- GOMEZ TOSCANO, F. (1997): *Formas de ocupación del territorio durante los primeros siglos del I milenio a.C.: el suroeste como marco de definición y contrastación*. Huelva.
- GÓMEZ, F.; ÁLVAREZ, G., y BORJA, F. (1990): «Depósito funerario del Bronce en el Travertino de Alájar (Huelva). Nuevas aportaciones». *Cuadernos del Suroeste*, 3. Huelva.
- HURTADO, V.; GARCÍA, L., y MONDÉJAR, P. (1993): «Prospección en la Sierra de Huelva y estudio de materiales del yacimiento de El Trastejón. Campaña 1991». *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991, II*. Cádiz.

- MONGE SOARES, A. (1992): O povoado do Passo Alto. Excavações de 1984. *Arquivo de Beja*, III-2. Beja.
- MORAIS ARNAUD, J. (1979): Coroa do Frade, fortificação do Bronze Final dos arredores de Évora. Excavações de 1971/1972. *Madridier Mitteilungen*, 20. Mainz.
- NOCETE, F.; ORIHUELA, A.; ESCALERA, P.; LINARES, J. A.; OTERO, R., y ROMERO, J. C. (1995): Prospecciones arqueológicas de superficie en el marco del Proyecto Odiel. I, Muestreo Valverde del Camino. II, Huelva. *Anuario Arqueológico de Andalucía/1992-II*. Cádiz.
- PARREIRA, R. (1975): «O povoado da Idade do Bronze do Outeiro do Circo (Beringel/Beja)». *Arquivo de Beja*, XXVIII-XXXII. Beja.
- (1983): «O Cerro dos Castelos de S. Bras (Serpa)». *O Arqueólogo Português*, IV-I. Lisboa.
- PARREIRA, R., y MONGE, A. (1980): «Zu einigen Bronzezeitlichen hohensidiungen in Sudportugal». *Madridier Mitteilungen*, 21. Mainz.
- PELLICER CATALÁN (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental». *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- PÉREZ MACÍAS, J. A. (1985): «Introducción al Bronce Final en el Noroeste de la provincia de Huelva». *Habis*, 14. Sevilla.
- (1986): «La ocupación prehistórica de la Peña de Arias Montano (Alájar, Huelva)». *I Jornadas de Patrimonio de la Sierra de Huelva*. Higuera de la Sierra.
- (1991): «El poblado de Bronce Final de los Riscos del Castillo (Cabezas Rubias, Huelva)». *Cuadernos del Suroeste*, 3. Huelva.
- PÉREZ, J. A., y BUERO, M. (1986): «Noticias preliminares sobre el Cerro de San Cristóbal». *I Jornadas de Patrimonio de la Sierra de Huelva*. Higuera de la Sierra.

- RUIZ, M. M., y PÉREZ, J. A. (1989): «La presencia Orientalizante en la Faja Piritífera de Huelva». *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza.
- RUIZ MATA, D. (1995): «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico». *Tartessos, 25 años después*. Jerez de la Frontera.
- SCHUBART, H. (1972): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Suroeste Peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 29. Madrid.
- TAVARES, C., y SOARES, J. (1978): «Uma jazida do Bronce Final no Cerradinha (lagoa de Santo André, Santiago do Cacem)». *Setúbal Arqueológica*, IV. Setúbal.

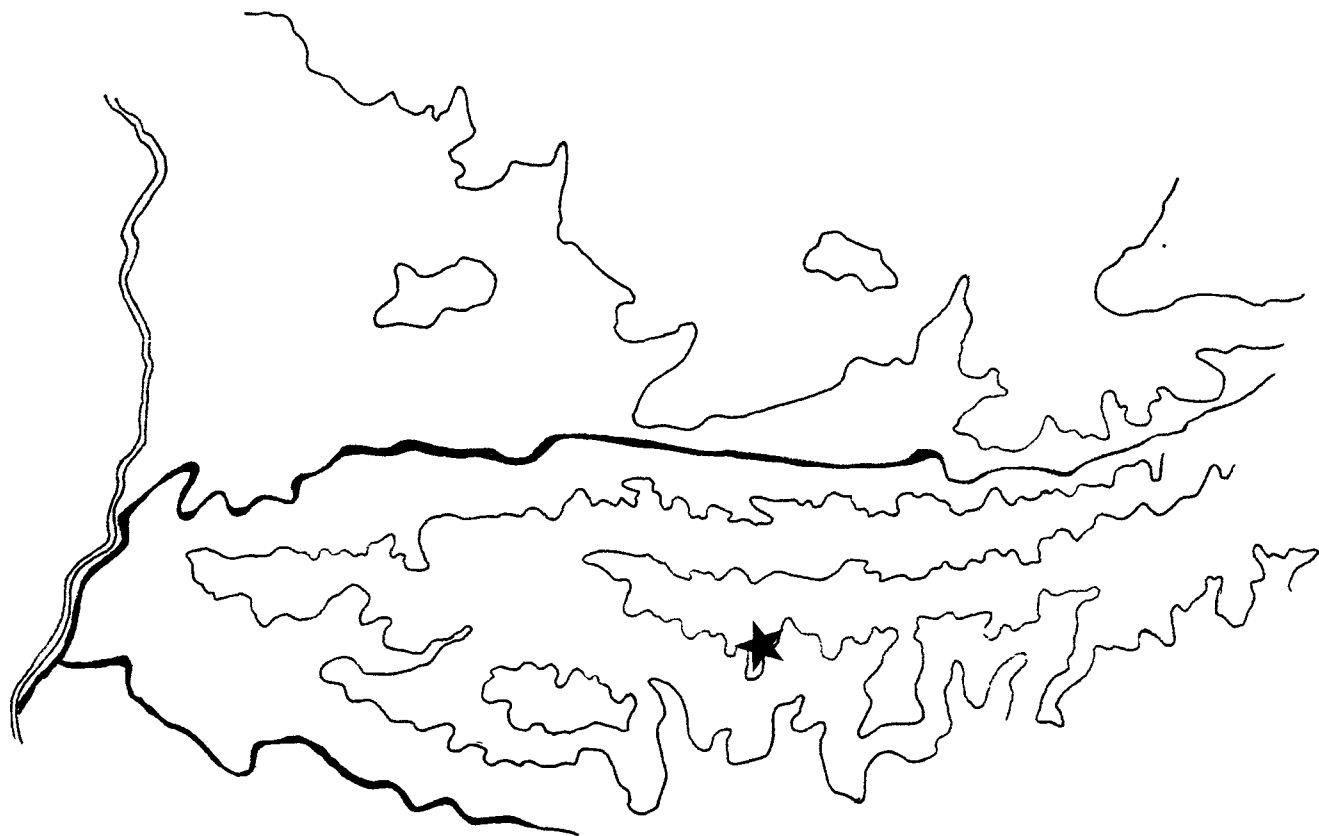


Figura 1.
Rivera de la Alcalabozza y Alto del Cinchato.

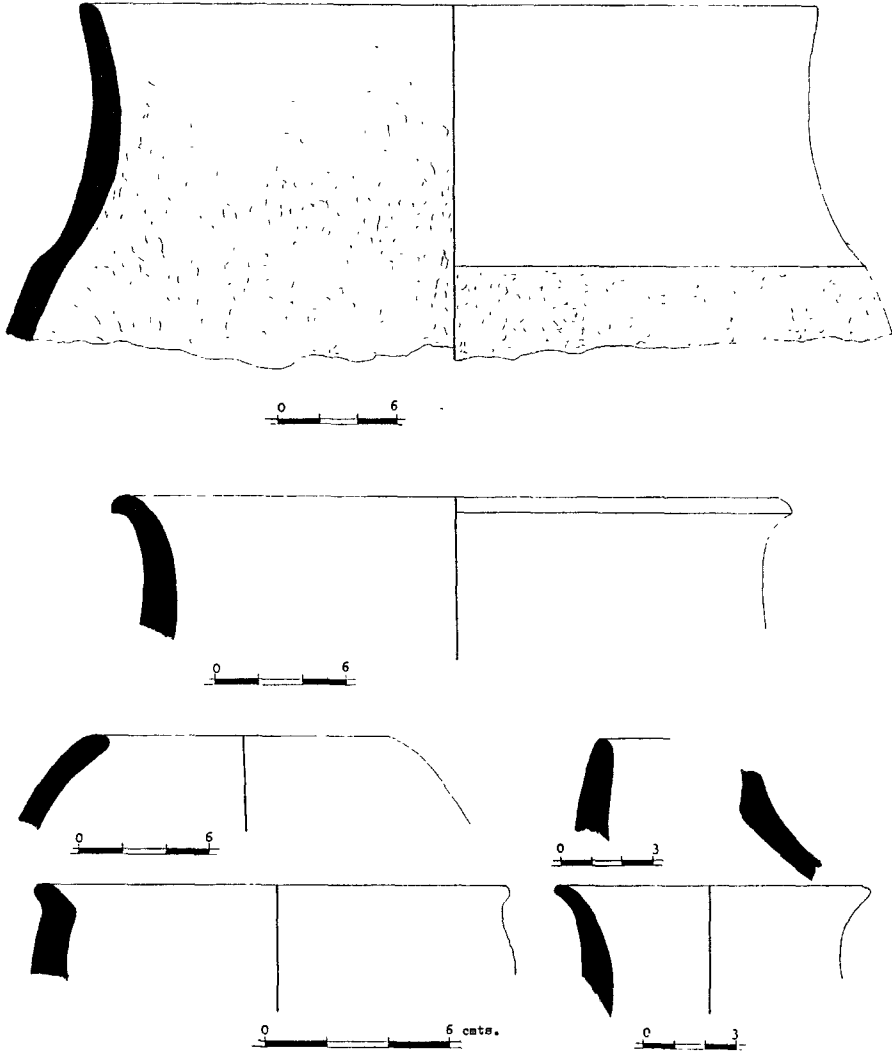


Figura 2.
Materiales del Alto del Cinchato.

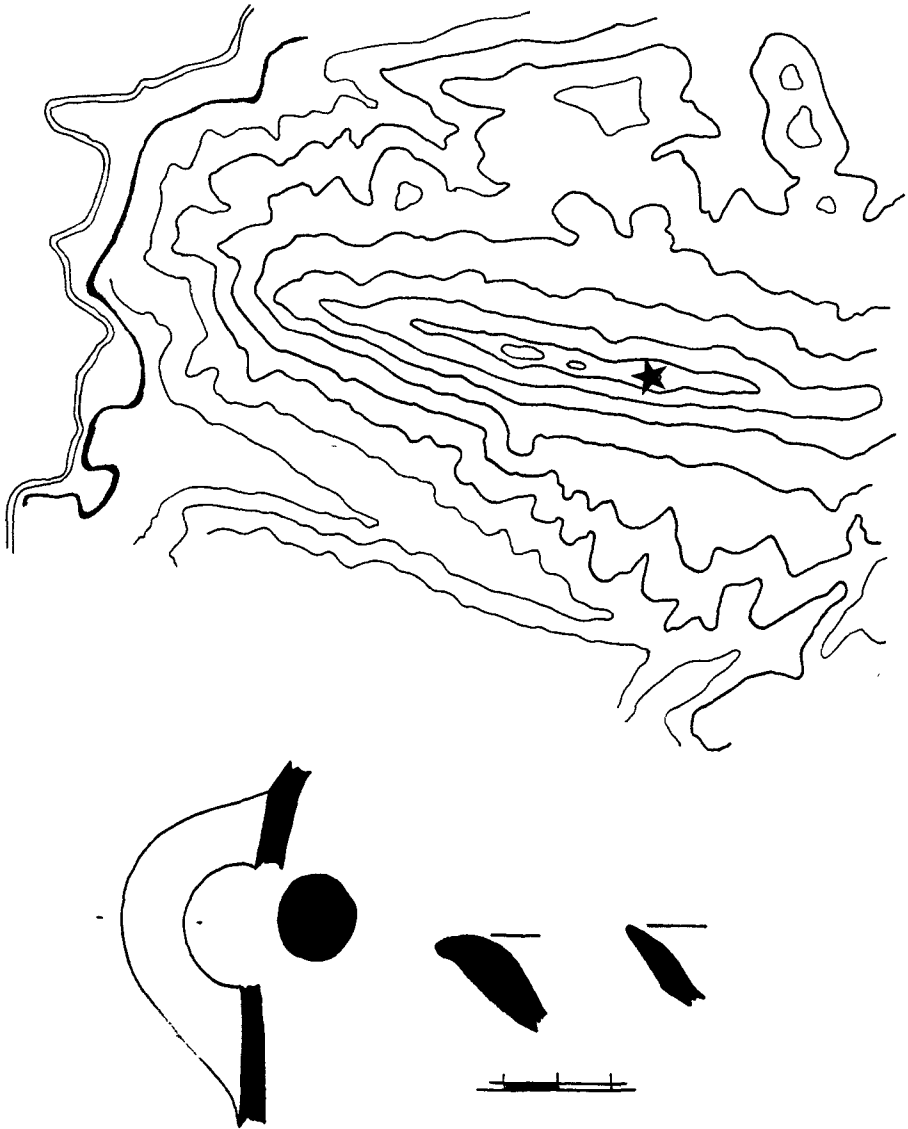


Figura 3.
Sierra Menjuana y la Rivera de Riofrío.

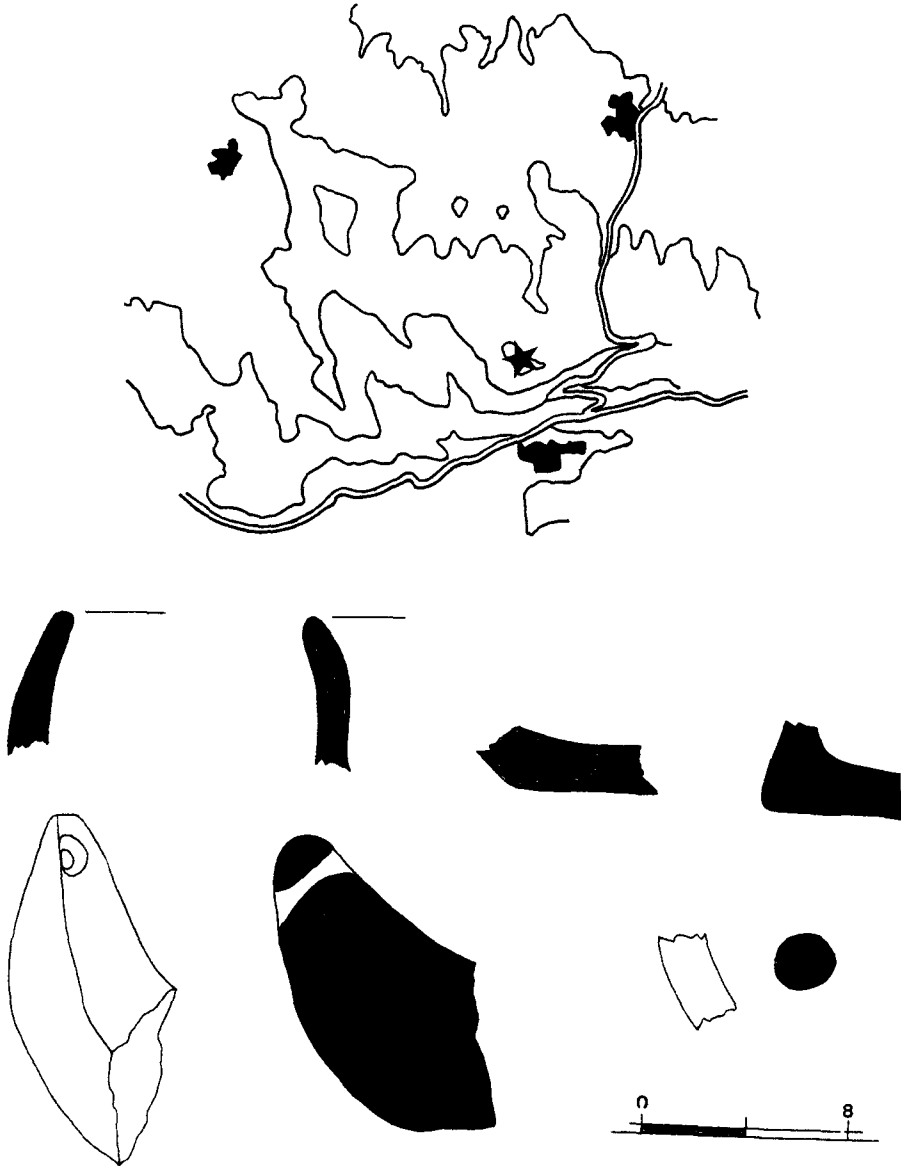


Figura 4.
La Cumbre de la Peña de Alájar y sus materiales.

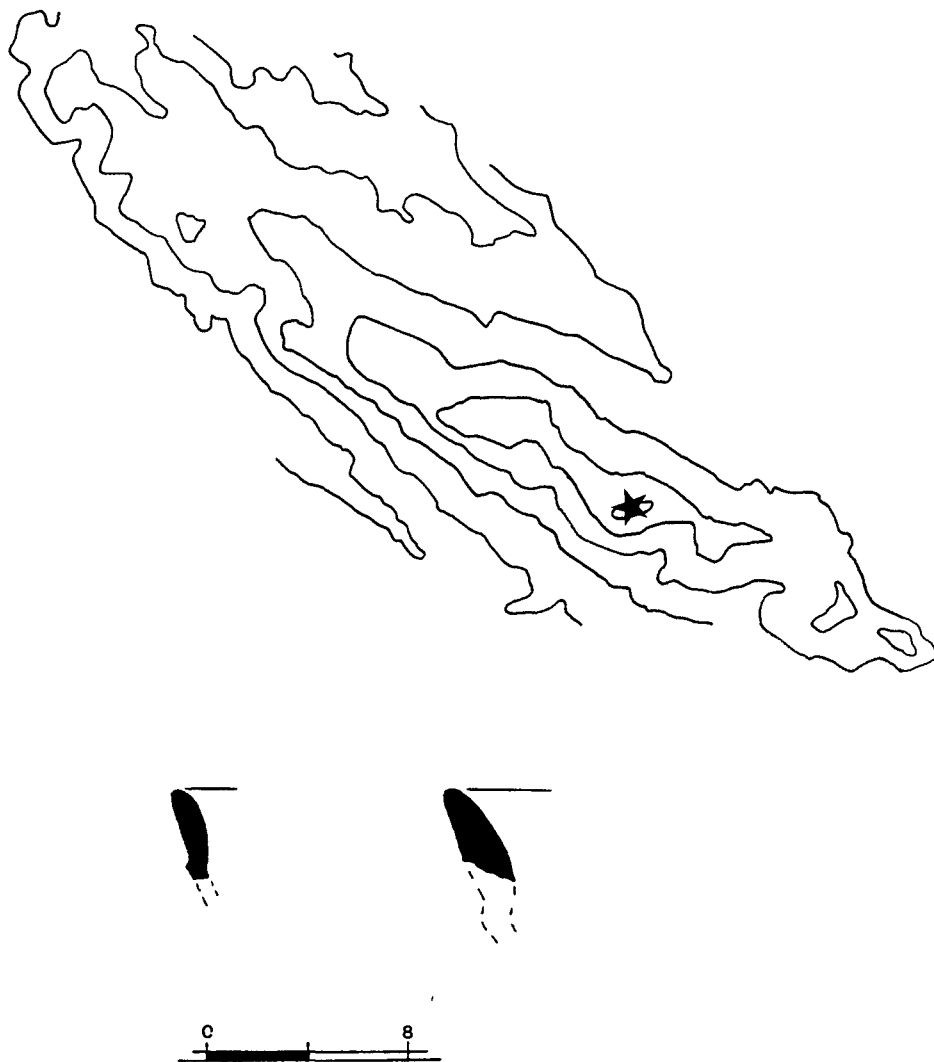


Figura 5.
La Sierra del Álamo. Sus materiales.

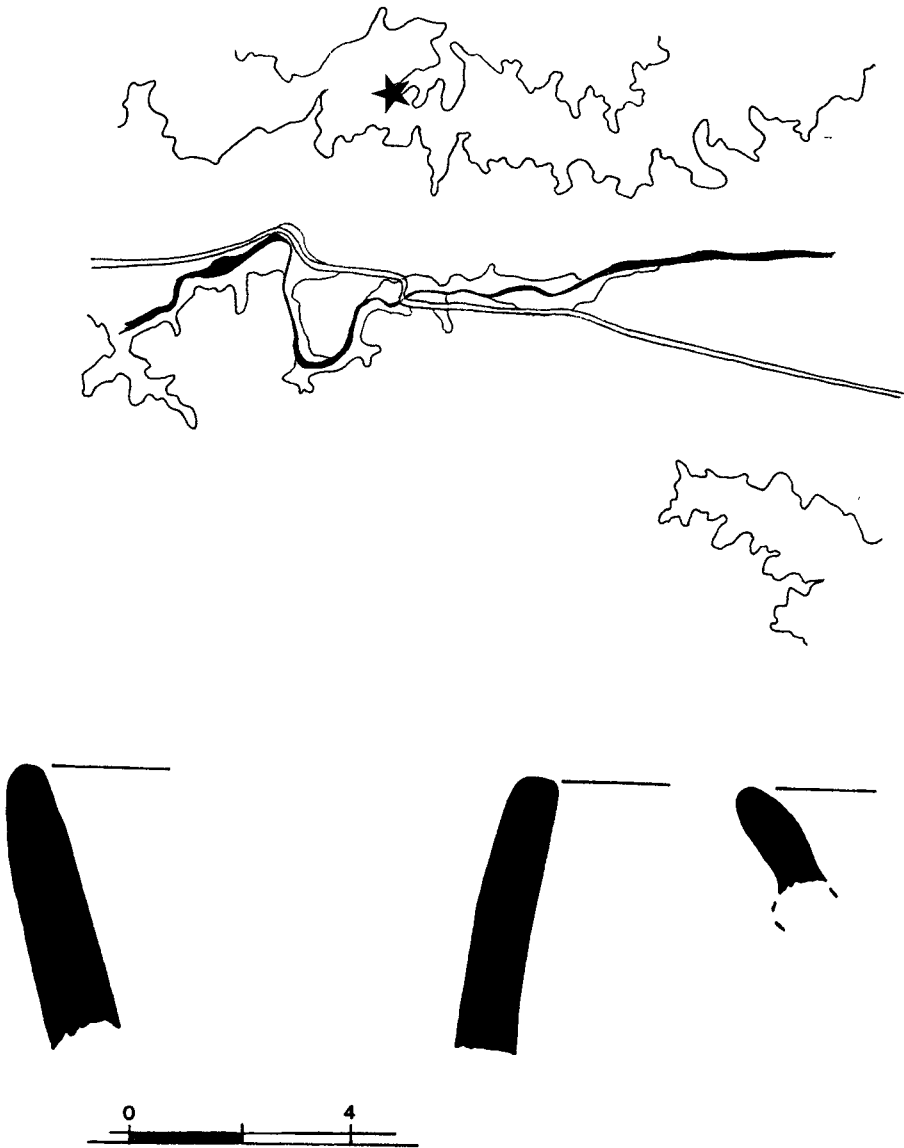


Figura 6.
Situación del Serrallo y la Rivera de Chanza.